

José Antonio Fortea

# CUANDO AMANEZCA LA IRA

<b>Día 01</b> Cuando las cosas eran como siempre habían sido las cosas.....	11
<b>Día 02</b> Cuando las cosas comenzaron a ser como no siempre habían sido las cosas .....	51
<b>Día 03</b> Una leve nube en el cielo faraónico .....	61
<b>Día 04</b> La mañana en la que el corazón real se agitó y la tarde en la que los latidos se tranquilizaron .....	75
<b>Día 11</b> La vida sigue igual porque tiene que seguir igual.....	91
<b>Día 14</b> Si el orden no es alterado, la fuerza del orden se impondrá .....	101
<b>Día 17</b> Manteniendo la calma con la diosa-rana Hequet.....	109
<b>Día 19</b> Cuando los poderosos toros dan un paso atrás para embestir .....	117
<b>Día 23</b> Cuando la dureza y el peso de la maza tienen que reposar .....	123
<b>Día 26</b> Un mundo donde unos mandan y otros obedecen .....	131
<b>Día 28</b> Cuando se siente que la pesadilla se va acabando .....	141
<b>Día 29</b> Escuchando la voz de los conocedores de los ritos .....	147
<b>Día 32</b> Cabalgaron sobre pequeños insectos alados, yo lo haré sobre un carro de toros .....	163
<b>Día 40</b> La riqueza viviente de las Dos Tierras que muge y se reproduce .....	167
<b>Día 42</b> No sostiene en vano el mayal con su derecha .....	171
<b>Día 43</b> Como la tortuga, las Dos Tierras colocarán su cabeza bajo la coraza de Ra .....	183
<b>Día 51</b> La víbora también reptó sobre nuestras baldosas.....	207
<b>Día 60</b> La hermosa luz del Río es clara, llorad a los ojos ya ciegos.....	227
<b>Día 63</b> Los hijos son el escudo vivo de un padre .....	245
<b>Día 67</b> El brazo se tensa para que las cosas vuelvan a su curso natural .....	257
<b>Apéndice</b> .....	295
<b>Algunas notas finales</b> .....	311



Día 1

## Cuando las cosas eran como siempre habían sido las cosas

En la batalla, todos los brazos eran débiles frente al faraón. No tenían valor para sostener sus jabalinas. Los veía hundirse como cocodrilos muertos. Sembraba la muerte entre ellos como quería. Ante el faraón, el vil rey dijo: *Huyamos ante él y salvemos nuestra vida, que podamos todavía respirar.*

### Un día en la vida del Faraón: la mañana

El sol ya se ha levantado hace una hora y los rayos claros inundan con su luz la amplia estancia de paredes con lotos azules e ibis de cabezas negras y largos picos. Las pupilas comienzan a moverse bajo los párpados de un hombre de 51 años acostado en su lecho. Había estado durmiendo hasta ese momento, pero ahora la respiración se hace más profunda. Se ladea y sigue en esa posición diez minutos más. Dormita, pero el proceso de despertarse ya ha comenzado.

Es un lecho cuadrado y amplísimo, de seis pasos de lado. No es una cama propiamente, sino un colchón que apenas levanta cuatro dedos por encima del suelo sobre el que está colocado. La funda del colchón es de lino blanco. Dentro, plumas de ganso y plumón de otras cuatro aves. Debajo, un jergón más fino relleno de lana mullida para compensar la excesiva blandura del colchón superior. Entre las sábanas blanquísimas de lino, cojines planos también rellenos de lana suave y esponjosa. El faraón, al acostarse, se coloca los cojines como desea. Se envuelve en esas sábanas y si

tiene frío, a ambos lados de la cama cuenta con pieles de león y vaca rojiza.

Tutmosis III ya se va moviendo más entre las sábanas, resopla. No tardará en levantarse, pero le gusta quedarse adormilado otros diez minutos. Había capitaneado sus ejércitos hasta el Líbano, había cabalgado llegando al Éufrates, había ascendido más allá de la tercera catarata de Nubia... ahora, a su edad, podía quedarse en la cama todo el tiempo que le complaciera.

A su lado, dormita una esposa suya, de las más antiguas. Casi tiene su edad. Fue de las primeras, fue su favorita durante medio año. El faraón y ella duermen desnudos, ella descansa su mano sobre el pecho de él. Ella sabe bien que el rey del Alto y Bajo Egipto no ha tocado a una mujer desde hace dos o tres años. Cada noche una de sus esposas pasa la noche con él, pero solo le gusta que le abracen, que con cariño le acaricien el pecho o la espalda mientras se duerme, que una voz femenina le hable (y, finalmente, le susurre) hasta que sus ojos se cierren.

El señor de tantas vidas, a esas horas en que se sume en las aguas de los sueños o en que sale de ellas, desea una voz conocida, una voz aterciopelada que le acompañe en ese gran lecho que, de otra manera, estaría solitario. La lujuria ya voló hace tiempo como un pequeño y gracioso abejaruco de alas verdes. El monarca, Hijo de Ra, no quería dormirse con un rostro extraño a su lado. Anhelaba el tono familiar de voces que conocía desde hace años. Patareshnes dormitaba a su lado. La conoció con dieciséis años. No era la gran reina, pero siempre fue una de las esposas, no una mera concubina. Le tuvo y le tiene cariño.

Tutmosis abre los ojos. Le molesta la luz. Está rodeado de blancura: el colchón, las sábanas, los cojines, todo está inmaculadamente blanco. Únicamente las pieles plegadas a ambos flancos ponen deliciosas notas de color al conjunto de lino y lana que conforma el lecho. El monarca siempre dormía rodeado de esa blancura. Se estiró haciendo ruidos guturales. Su esposa, adormilada, le dio varios besos en la mejilla.

Tutmosis, en otro tiempo un militar que se levantaba al primer rayo de luz, ahora se sentía viejo y se quedaba en la cama mucho

más tiempo. Entreabrió los ojos de nuevo, se llevó las manos al vientre: ¿solo se lo parecía o había engordado? Recordó la fuerza de sus brazos al lanzar la jabalina real de ébano y oro, o al tensar su arco personal de madera y cuerno. Recordó la dureza de sus piernas. Ahora iba penetrando, atrio tras atrio, en las cámaras de la decadencia. Había perdido interés por el ejercicio físico.

Se arrastró adormilado sobre el colchón, hacia una especie de ancho taburete de madera ornamentado con pinturas de preciosas flores de loto. Tomó un cuenco de bronce y escupió en él. Después tomó una jarrita de cristal, se sirvió un vaso de agua, se enjuagó y tornó a escupir. Esa operación del enjuague la repitió dos veces.

Volvió a la cama y se quedó allí tumbado cinco minutos más. Su esposa se acurrucó a su lado y le susurró con tono meloso distintas cosas. Él no contestaba. Ella tampoco lo esperaba. El Hijo de Amón se cubrió un poco más con las sábanas. Era el segundo mes de la estación de Peret, concretamente un caluroso 6 de febrero. En esa época del año, la temperatura debía ser suave. Pero a mediados de febrero, de vez en cuando, ya llegaban olas de calor de las regiones tórridas.

Ese palacio de Menfis contaba con tres dormitorios reales. El dormitorio de invierno situado en una habitación pequeña sin ventanas, se calentaba fácilmente. Favorito de faraones ancianos, Tutmosis lo usaba un par de semanas al año. El de primavera era en el que se encontraba ahora: amplio, con un patio en el centro rodeado de gruesas columnas, con un estanque en el centro con peces. El dormitorio de verano, se hallaba bajo tierra, fresco, con paredes de adobe que los siervos, provistos de palanganas, salpicaban con agua antes de que él se acostara.

El dormitorio de primavera era perfecto para un clima como el de Egipto y era el que más usaba. Se levantaba oyendo los gorjeos de las currucas grises y los cantos de los pequeños y graciosos pájaros pardos (buitrones) que saltaban de un sicomoro a otro. La luz entraba a raudales. Era un dormitorio en forma de patio, con el lecho en uno de sus lados. A esa estancia se accedía por una única puerta, así el faraón protegía su intimidad. No había ventanas, toda la luz provenía del patio interno.

Mientras Patareshnes seguía entre las sábanas, el faraón se dirigió a uno de los lados del patio. Se aproximó a una pequeña estatua de Amón de oro macizo situada dentro de un pequeño santuario, una especie de armario con las puertas abiertas. Le tocó los pies mirándole a los ojos. Se suponía que debía levantar los brazos y recitar de memoria una plegaria pidiendo protección. Pero, año tras año, había ido haciendo más rápida esa plegaria. Después, no le bastó con hacerla más rápida, la acortó. Y, finalmente, la había simplificado dejándola en ese gesto. Total, nadie le veía.

Pasó al armario-santuario de al lado, he hizo lo mismo con la imagen de Isis. Osiris, por mucho que fuera el jefe de Isis y Horus, a pesar de haber enseñado a los hombres las leyes, recibió el mismo rápido y descuidado tributo de homenaje. Al llegar a la imagen de Horus, por descuido, ni llegó a tocarla. Se limitó a una ligerísima y casi imperceptible inclinación de cabeza ante aquel dios con pequeños ojos de halcón que, por alguna extraña razón, siempre le había resultado antipático.

Después se aproximó al estanque. Le gustaba sentarse desnudo en un banco y mirar un rato a los peces, todavía estaba medio dormido. Así estuvo unos cuatro minutos. Se acercó sin prisas al taburete de al lado del lecho y bebió un vaso entero de agua. Después se acercó a la pared completamente cubierta de pinturas de agricultores y pastores con vacas. Una plancha rectangular de cobre dorado colgaba de tres cadenas del techo. Golpeó unas cuatro o cinco veces la plancha con una barra metálica. Eso significaba que el “mayordomo del amanecer” podía entrar.

En menos de treinta segundos, el mayordomo, acompañado de cuatro sirvientes que traían objetos en sus manos, entraron haciendo una inclinación profunda. Solo el jefe de ellos habló en nombre de todos: *Salve tú que tienes el nombre de Horus. Salve tú que tienes el nombre de Nebty, la diosa que hace duradera la realeza.*

Él no les contestó y ellos no dijeron nada más en todo el tiempo. Comenzaba el protocolo del comienzo del día de un faraón. Los cinco se fueron a una sala contigua. El patio daba a cuatro salas en las que solo se podía entrar desde ese dormitorio.

El faraón iba delante de ellos completamente desnudo. Siempre había sido así y no le incomodaba lo más mínimo. En la Sala de la limpieza, él se dejó enjabonar con natrón. Con manoplas restregaron todo su cuerpo, todos sus pliegues. Lo hacían con energía, sus manos se movían con rapidez. Con varios barreños pequeños le aclararon con igual rapidez. Mientras le habían enjabonado, ocho sirvientes habían traído recipientes con agua templada, a la temperatura justa, y habían llenado unos cuencos más grandes.

El faraón solo tenía que levantar sus brazos y dejarse hacer. El proceso no duró más allá de dos minutos y ya estaban secándole con la misma energía con la que le habían enjabonado. Se tumbó en una especie de camilla. Allí, mientras uno le afeitaba, otro le aplicaba una serie de ungüentos sobre la piel y un tercero le masajeaba para que penetraran esas sustancias. Tutmosis era un hombre atlético, de altura ligeramente superior a la normal. Era el primer día de la semana (de diez días), así que tocaba afeitarse la cabeza y recortar y limar todas sus uñas. El monarca, sin decir nada, con los ojos cerrados, dejaba que esos sirvientes trabajaran sobre su cuerpo. Los cuales lo hacían en total silencio, con una admirable precisión y destreza, sin dubitaciones.

Cuando acabaron, el mayordomo, en silencio, le dio dos suaves palmadas en el vientre. Era la señal que indicaba que habían acabado. Le trajeron la falda corta de lino que le llegaba a las rodillas y un collar amplio y cuajado de piedras.

Una vez vestido con ese faldón y solo con eso, descalzo incluso, salió de su dormitorio y pasó al Salón Rojo donde desayunaría. Allí estaban los acompañantes que había designado el día anterior. Para ese desayuno había reclamado la presencia de sus diez hijos más pequeños y de dos de sus mujeres. No estaba allí Patareshnes. El faraón repartía su presencia entre todas sus esposas. Durante el día cambiaban las mujeres designadas, también los hijos. Se seguía un turno riguroso. Ahora (que ya no buscaba más que compañía) también durante las noches el turno se seguía de forma rigurosa.

La mesa, en realidad, eran tres mesas estrechas, formando un cuadrado al que le faltara un lado. Estaban todos sentados en el suelo sobre esteras. Las mesas levantaban dos palmos sobre las

baldosas de cerámica. Las esposas estaban sentadas, los niños correteaban de una mesa a otra, jugando entre ellos y, continuamente, pidiendo cosas a las mujeres.

A esas horas, el rey de los dos reinos solo podía comer fruta. Toda la variedad que quisiera, pero ningún alimento de los que los médicos de la corte consideraban sustanciosos. La comida estaba tasada. La corte llevaba existiendo desde hacía muchos siglos. Los funcionarios encargados de la mesa real debían evitar que el Hijo de Ra engordara. Era un dios. Un dios guerrero y fuerte. O, al menos, debía aparecer como un dios anciano y sabio. Pero, en ningún caso, como un hombre gordo y fofo. El faraón no podía parecer un eunuco cananeo.

Los encargados de alimentar a Tutmosis eran sacerdotes del templo de Amón que no dependían del nombramiento faraónico. Por tradición se encargaba de ese honor el templo anexo al palacio. El faraón ya se había acostumbrado a esa tiranía de la tasación de la cantidad y no se quejaba: eso había sido así desde niño. Comprendía que era un dios y eso conllevaba obligaciones.

La comida de todos estaba sobre la mesa y los niños con jolgorio tomaban lo que querían de las fuentes. Pero el faraón solo podía comer del plato de oro que le trajo un sacerdote. De hecho, todos estaban alrededor de la mesa. Mientras que él, aunque situado en el centro, se hallaba sentado en una mesita más pequeña, separada un poco de la gran mesa. Su mesa estaba más elevada y él sentado sobre un pequeño taburete. Así se dejaba claro que él no era un comensal más. Estaban comiendo junto a un ser divino y sus manjares eran distintos. No poder alargar su mano a las fuentes comunes hubiera sido una tortura para otros, pero él (como todos los primogénitos de su dinastía) ya había sido acostumbrado a eso desde niño.

El desayuno lo tomaban en una salita decorada en tonos rojos que se abría a un pequeño jardín muy agradable, donde se movían ibis de plumaje blanco y cabeza negra. El jardín estaba tapiado, ningún ojo ajeno les observaba. Tutmosis les preguntaba a sus hijos acerca de las clases de matemáticas y de astronomía a los más mayores, e historias mitológicas a los más pequeños.



Allí solo estaban los varones. Las niñas no tenían mucho interés para el padre y desayunaban siempre con sus madres en el harén. Jamás eran invitadas a la mesa real. Como mucho las visitaba en el harén para comprobar cómo iban creciendo. Si estaba de buen humor, les acariciaba la cabeza. Serían casadas con quien las razones de estado determinasen, como una especie de regalo real; como un signo de benevolencia hacia la casa en la que ejercerían como madres.

Cansados ya de las preguntas serias, los hijos más pequeños se subían al regazo de Tutmosis, mientras otros le tiraban de la tela del faldón, queriendo arrastrar al padre que reía y protestaba. Ese momento llenaba de felicidad el día del rey. No tenía prisa, hasta que el chambelán apareció, se inclinó y le dirigió la siguiente fórmula de alabanza: *Señor que eres la duradera manifestación de Ra.*

Era la señal de que la jornada pasaba a su cuarto paso. El faraón dijo adiós efusivamente a los hijos, y se despidió de las mujeres con una frase cortés; cortés pero fría. La gran familia se quedó en ese jardín jugando un rato más. El monarca recorrió un largo corredor hasta llegar a una habitación que parecía casi vacía, solo había una silla en el centro. A su izquierda, las imágenes de cuatro dioses: Set, dios del mal y del desierto, con su hocico curvado y cola, pero que no correspondía a ningún animal concreto; Hathor, diosa de la fertilidad; Anubis, dios que conducía a los muertos en el último viaje; y Tot, su querido Tot, dios de la escritura y el conocimiento; quizá el único dios al que le tenía verdadero cariño.

El faraón, sin decir nada, de un modo maquinal, puso una cucharada de incienso sobre el pebetero de cada dios. Mientras él desayunaba, un siervo había colocado brasas en la vasija cerámica en forma de copa alta y estrecha que había ante cada uno de los cuatro dioses. La Gran Casa funcionaba como una maquinaria de pasos sucesivos y exactos.

Se sentó, mientras dos escribas se inclinaban profundamente. Era el primer día de la semana, así que el chambelán (con la ayuda de los dos escribas) le explicó “los soles del decano”, es decir, los asuntos más importantes de la semana de diez días que comenza-

ba. La explicación la hicieron los escribas de pie y fiando todo a la memoria:

**Primer día:** audiencia larga, recepción oficial de dos embajadores nuevos, hititas. Presentación del primogénito del señor del “Nomo del árbol sagrado de la víbora del norte” (así era el nombre de esa región).

**Segundo día:** audiencia larga, recibimiento de los parabienes del colegio de los concedores del cielo (astrónomos).

**Tercer día:** realización en el Templo de Maat de las funciones cultuales propias del calendario.

**Cuarto día:** hay que escuchar a los nobles de la segunda catarata que expondrán asuntos graves de administración.

**Quinto día:** Los seis tribunales de Egipto traerán seis casos para ser juzgados. Uno por cada tribunal.

Así siguieron los escribas enumerando los compromisos de los diez días. Estos eran “los soles”. Esa enumeración larga solo se hacía el primer día del decano, para que tuviera una idea general de los asuntos más importantes de la semana. El imperio era extenso y la agenda era confeccionada por la corte. Pocas veces el faraón hacía cambios. Cuando acabaron esos dos funcionarios, un ministro le recordó que dentro de nueve días partiría Nilo arriba, rumbo hacia la necrópolis de la Pirámide Negra.

Después pasaron a desgranar las actividades del día en que estaban. Cada día, a esa hora, en el cuarto paso de la jornada, harían lo mismo con cada jornada. El custodio del sello real le recordó que ese día, por la tarde, recibiría a ocho príncipes de antiguas familias. En este caso, eso significaba pasar toda la tarde con ellos charlando amigablemente. Esos príncipes eran muy importantes, no traían ningún asunto concreto. Pasarían horas hablando de todo y de nada, charlando acerca de Egipto en general y de las familias en particular. Tirarían al arco. Pasarían por las galerías cubiertas que recorrían todo el segundo perímetro interno del palacio. Si Tutmosis estaba de buen humor les invitaría a que se quedaran a cenar.

—Avisa a las cocinas —indicó el faraón—. Si les invito, te lo avisaré una hora antes. Un banquete normal. Digno, pero normal.

—Sí, señor de la Tierra de las Riberas [del Río].

—¿Alguna cosa más?

—Majestad, al embajador cananeo recordadle que tiene que hablar, cuanto antes, con el tiaty del tema de los impuestos de la ciudad de Kumidu.

—Lo haré.

En ese momento, justamente, entró el tiaty, que era el primer ministro del faraón, el magistrado de más alto rango. A pesar de ser el que seguía en autoridad inmediatamente después del rey iba desnudo de cintura para arriba. Solo un collar de oro, plano y ancho, le cubría desde el cuello hasta el esternón. También llevaba dos brazaletes con abejas y jeroglíficos, y un alto bastón en la mano; un bastón de madera sin ornato alguno. El tiaty entró seguido de cuatro ministros reales.

El primer ministro y los ministros hicieron una profunda inclinación. El tiaty recitó protocolariamente cuatro títulos reales antes de dirigirse al rey. Él, como el resto de los altos cortesanos o de los sirvientes de las cámaras reales, no necesitaba postrarse al entrar en la presencia del faraón. Tras esperar el intercambio de unas cuantas frases corteses entre el faraón y el tiaty, el chambelán indicó:

—Cuando lo desee, Horus de Oro, pasamos a la sala de la vestición.

Era un modo de indicarle que ya era la hora de pasar al quinto paso del día. Tutmosis se levantó de su asiento y con un andar indolente se dirigió hacia una sala contigua. Allí le esperaban cuatro siervos que sacaron de varios armarios las insignias de su realeza y se las colocaron con una admirable coordinación entre ellos, sin estorbarse, sin dubitaciones, con la destreza de un acto coreográfico: colocándole sin ninguna prisa, pero sin ninguna pausa, un ancho cinturón de oro, brazaletes, un segundo collar. Le ataron los cordones de las sandalias de cuero rojo repujado con figuras. Con esmerado respeto, le ajustaron en las orejas los soportes de la barba postiza. Todas las operaciones discurrían bajo la atenta

supervisión del “jefe de los secretos de la casa de la mañana”. En esa sala y sobre esos armarios que guardaban las coronas y las insignias reales, no mandaba el chambelán ni el primer ministro, sino ese otro alto funcionario. Nadie, absolutamente nadie en Egipto, tenía autoridad sobre esos armarios donde se custodiaban los objetos que simbolizaban la autoridad del faraón, solo el jefe de los secretos de la casa de la mañana.

Un siervo con un pincelito le puso pintura azul en los párpados, mientras otro le ungía el cuello con una mezcla de dos tipos de perfume. Le entregaron el cayado de los faraones y le preguntaron qué otro símbolo quería llevar. El faraón indicó que el cetro de Sekhem. El chambelán no tardó en sugerir con exquisito tacto:

—Majestad, me atrevo a recordaros que pasado mañana visitaremos en Templo de Maat. ¿No sería mejor llevarlo esa mañana y hoy portar la maza de oro?

El primer ministro intervino:

—¿La maza para recibir a los embajadores? Estamos descontentos con ellos por el asunto de las caravanas de Usertesen, pero tampoco queremos amedrentarlos. Mejor el mayal.

El mayal era un instrumento compuesto de un palo largo acabado en varios palos más cortos, unidos al largo por cuerdas. Con ese instrumento se desgranaban los cereales dando golpes sobre lo recolectado. Era un símbolo de la fecundidad de Egipto.

—Ciertamente, mejor el mayal —concluyó Tutmosis.

Lo normal, en esa época del año, era que se hubiera vestido con una túnica larga. Pero a esas horas del día, y de un día tan primaveral como ese, iba a ir vestido solo con el faldón. Y más en un día de audiencia general, en el que la gente atestaría el gran salón y elevaría la temperatura. A él, como a toda la corte, le gustaba de ir cómodo y fresco. Y esa era la costumbre en Egipto, incluso en la corte.

—Con qué gusto iría hoy con el nemes —comentó el faraón, aunque sabía que no era posible.

El nemes era el tocado de tela que usaban frecuentemente los faraones. Era de color blanco con bandas de color azul. Por detrás, cerca de la nuca, se amarraba la tela, a modo de trenza.

Pero era un comentario, solo eso. Bien sabía que era tradición llevar la corona en la audiencia del primer día del decano. Y más todavía habiendo embajadores.

—¿Cuál escogéis? —le preguntó en voz muy baja un siervo.

—Traedme la Doble Corona... No. Mejor la Corona Blanca.

El siervo se dirigió a un gran armario donde se guardaban los cinco tipos de coronas del faraón, además del nemes y del kaht, otro tipo de tocado.

El siervo le entregó la corona al chambelán. El cual se aproximó haciendo dos reverencias y le colocó la corona, recitando varias alabanzas a los dioses. Todos los días tenía lugar esa ceremonia de la vestición, con la misma seriedad, con los mismos protocolos.

El primer ministro hizo un gesto y los siervos abrieron el portón de esa sala donde se había revestido con sus insignias. Detrás del portón, esperaban veinte funcionarios y varios oficiales del ejército. Al abrirse la puerta, todos se postraron extendiendo los brazos hacia delante. El faraón salió y se subió en una silla levantada por ocho portadores. A su lado se colocaron dos siervos con flabelos, dos varaes que acababan en un gran abanico de plumas de avestruz. Después, los presentes formaron dos hileras y se dirigieron hacia la sala del trono, donde esperaba la corte.

Los oficiales militares no iban en hileras, se agruparon rodeando al rey del alto y bajo Egipto. Las hileras iban precedidas de dos pendones reales, seguidos por ocho siervas que tocaban varios címbalos y campanillas.

La comitiva recorrió unos quinientos metros del interior del perímetro de palacio, atravesando salas, galerías y corredores internos, hasta llegar a la primera puerta, la gran puerta de cobre con franjas azules, la puerta de la antesala. Los cortesanos menores que esperaban en ese vestíbulo cantaron al unísono las protocolarias alabanzas al rey.

Se abrió la segunda puerta, la puerta de bronce cubierta de cobras. Las cobras de estaño pintado estaban incrustadas en las planchas de cedro cubiertas con varios jeroglíficos. La comitiva penetró en la Sala del Trono.

Al entrar, las doscientas personas presentes, se postraron rostro en tierra. Ni uno solo de los presentes permaneció en pie. Y así se quedaron hasta que el faraón se sentó en su trono y sus ministros ocuparon sus sitios a su alrededor. El chambelán hizo un gesto y un funcionario dio dos sonoras palmadas: todos se alzaron del suelo. En el salón casi todos eran hombres. Diez esposas del faraón ocupaban un lugar de honor en el extremo izquierdo del salón. Ocho siervas derramaron el contenido de varios pequeños frascos de perfume a los pies del trono y a su alrededor. Se movían grácilmente, como si fuera una danza mil veces repetida.

Cada uno de los presentes ocupaba su lugar preciso. Unos, junto al faraón; otros, en los flancos de la sala. Los más importantes venidos ese día estaban situados frente a él. Allí estaba representado Egipto, todas las tierras del Nilo y todos sus órdenes sociales. A la derecha del trono, los generales y coroneles formaban un grupo distinto revestidos con sus corazas y yelmos. Los sacerdotes estaban situados en un lugar de honor, emplazados en flanco de la sala. La familia real, un puñado de príncipes, unos cuantos nobles, los altos funcionarios, los escribas, cada uno ocupaba un puesto según su jerarquía.

Los sacerdotes iban con la cabeza afeitada, cejas incluídas, y todos ellos cubiertos con pieles de leopardo. Los príncipes lucían orgullosos una larga trenza lateral en su cabeza afeitada. Había ciudadanos ricos con bonitas pelucas tupidas formadas por trenzitas. Los oficiales militares presentes, pertenecientes a cinco rangos, llevaban cascos y corazas. Otros funcionarios mostraban sus cabezas cubiertas tocadas con telas de distintos tipos, sujetas esas telas con diademas de plata u oro.

Un sacerdote de Ra se adelantó y recitó sus plegarias al dios con cabeza de halcón. Al acabar sus largas oraciones, hicieron sonar unos sistros, unos mangos rodeados de campanillas; y cuatro sacerdotisas de Tefnut esparcieron incienso, una de ellas fue encargada de las alabanzas de ese día a Tutmosis. Al fin y al cabo, era un dios. Toda esa ceremonia no era de carácter civil, sino era la adoración y culto a un dios presente.

Acabada esa parte religiosa, el chambelán se colocó ante el trono y declamó con voz poderosa que resonó en toda la sala, con una voz acostumbrada a ejercer esa función:

—Oh, Toro poderoso, Señor del junco y de la abeja, protegido de Tot, quien te ha creado con bellas formas, amado de Hathor. Tú que riges los destinos del Reino del Norte y del Reino del Sur, recibe a los súbditos que solicitan los rayos de tu presencia.

Tutmosis, en silencio, hierático, hizo un gesto afirmativo con la cabeza. El chambelán con estudiada afectación puso final a ese preámbulo de la audiencia con una inclinación profunda, extendiendo sus brazos en el aire, hacia delante. Los primeros en ser recibidos eran las personas que querían decirle algo con brevedad: primero recibió a los más importantes que tenían derecho a estar en esa sala, después a los que esperaban afuera. Los de afuera entraban según su turno, formando una hilera ante el trono. Unos se limitaban a presentar sus saludos. Otros traían regalos. Había quienes pedían justicia en un pleito, lo cual era para ellos una pérdida de tiempo, pues todos los casos penales eran derivados al primer ministro. Los litigantes ni siquiera llegaban a hablar con él. Sino que su representante presente en esa sala, los remitía a unos funcionarios concretos de la capital.

Era cierto que todo ciudadano de Egipto tenía derecho a presentarse ante el faraón y exponer su caso. Y al faraón le gustaba intercambiar unas pocas palabras con cada súbdito. Pero, para cuestiones de reclamaciones, la decisión real siempre era la misma: el silencio. El faraón sin decir nada, inexpresivo, extendía hacia el peticionario su cayado, eso significaba que su tiempo se había acabado. Antes de ser recibidos, habían sido aleccionados en que, tras ese gesto, debían postrarse y seguir a un escriba que les atendería fuera del salón y les daría las explicaciones necesarias acerca de los recursos. Al final, todo se reducía a que su caso sería examinado por unos escribas de palacio.

De los litigios se encargaban unos funcionarios de la capital, de las reclamaciones unos escribas de palacio, los presentes eran conducidos aparte por unos oficiales de bajo rango que les explicaban adónde tenían que dirigirse. Aquellas audiencias provenían

de los tiempos más primitivos en los que los faraones regían directamente, sin intermediarios, todo un reino con muchos menos habitantes. Ahora las tierras del Nilo sumaban algo menos de ocho millones de habitantes.

Llegó el momento de la entrada de los dos embajadores extranjeros. Los cuales ya sabían antes de entrar que debían postrarse ante el faraón, no importaba que no fueran sus súbditos. Y también los embajadores eran recibidos con frialdad hierática, pues ellos debían sentir la impresión de estar ante un hombre que estaba por encima de los hombres. Hasta los embajadores tenían que saber que en esas tierras vivía un dios, y que se les concedía la gracia de poder presentarse ante él. El hecho de ser recibidos en ese momento de la audiencia, y no al principio, era la costumbre. El más importante embajador debía saber que estaba por detrás de los príncipes y nobles del Alto y Bajo Egipto. Aunque esta vez, y bien lo habían notado, habían sido recibidos tras los comerciantes. Había sido así decidido para indicarles el descontento del rey por asuntos que el primer ministro discutiría después con ellos privadamente.

La sombra del obelisco ante el palacio se había ido acortando, ahora comenzó a alargarse. En cuanto eso sucedió, señal del mediodía, el oficial de los tiempos entró en la sala para comunicárselo con un bisbiseo al gran escriba. Ya solo quedaban por ser recibidos los agricultores más pobres. No todos venían con peticiones. Incluso un buen número de ellos venían sin otro propósito que el de traer ofrendas para el dios-faraón y, ciertamente, se postraban con verdadera emoción.

Las ofrendas, a veces, eran la excusa para poder entrar en ese salón del trono. Y el faraón, como una divinidad benévola, se complacía en escuchar a sus más pequeños hijos. Aun así, los últimos cuarenta en ser recibidos fueron despachados con rapidez creciente y no fueron recibidos de forma individual, sino que se los reunió en tres grupos según la región de la que procedían.

El maestro de ceremonias dio cinco golpes con su maza sobre un rectángulo metálico incrustado en el suelo: era la señal de que la audiencia había acabado. Un escriba dio dos sonoras palmadas